

Afectos colaterales: límites de la *retórica de las drogas**

Julio Ramos¹

University of California, Berkeley, EEUU

Resumen: El siguiente trabajo es una aproximación al tema de los psicoactivos y la adicción en discursos culturales, mayormente literarios, con atención en la novela *Los encadenados* (1966) de la escritora puertorriqueña Josefina Guevara Castañeira. El trabajo aborda la relación entre el análisis de la retórica de las drogas y su posible intersección con las discusiones actuales sobre el afecto y el gobierno de la vida.

Palabras claves: adicciones; drogas; afecto; Josefina Guevara Castañeira

Collateral affects: limits of the *rhetoric of drugs*

Abstract: This article explores the representation of psychoactive drugs and addiction in cultural discourses, mostly literary, with particular attention on *Los encadenados* (1966) a neglected novel by Puerto Rican author Josefina Guevara Castañeira. In more general terms, the article explores the tension between a rhetorical or culturalist approach to the discourse on drugs at the intersection with current discussions about affect and biopolitics.

Keywords: addictions; drugs; affect; Josefina Guevara Castañeira

*Las primeras variaciones de este trabajo fueron conferencias que presenté por invitación en el Segundo Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina, Villa María, Córdoba, Argentina (26 de junio de 2015) y en *The Form of Affect: Graduate Student Conference* de NYU (16 de abril de 2015), dedicado a la teoría del afecto. Presenté la parte final de este ensayo bajo el título “Literatura, adicción y políticas del cuerpo: *Los encadenados* de Josefina Guevara Castañeira” en la Universidad de Puerto Rico (16 de marzo de 2017). Agradezco las invitaciones de los colegas Pablo Molina (Córdoba), Francisco Marguch (NYU) y Elidío Latorre Lagares (UPR), así como la lectura atenta y las indicaciones posteriores de Eleonora Cróquer Pedrón.

¹ Julio Ramos, profesor emérito de la Universidad de California en Berkeley, es autor de varios libros de crítica literaria y cultural: *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (1989), *Paradojas de la letra* (1996, 2006), *Latinoamericanismo a contrapelo* (2015), entre otros. Ha editado una importante selección de los escritos de Luisa Capetillo, escritora y activista anarquista puertorriqueña. Asimismo, ha recibido distinguidos premios por sus investigaciones para distintos documentales.

En el presente trabajo me referiré a los psicoactivos y la adicción tal como aparecen configurados en una serie de discursos culturales, mayormente literarios. Tal vez no esté de más decir, de entrada, que cuando hablo de literatura pienso en un entramado discursivo que rebasa el reclamo de autonomía o la exigencia de homogeneidad como norma, y que opera, en cambio, en los límites de otras configuraciones, tales como el discurso médico o legal, según intentaré poner en evidencia. Esa porosidad la hace susceptible a una serie de asociaciones metafóricas que con frecuencia identifican la escritura literaria con una lógica liminal, de la mezcla o incluso de la intervención “parasitaria”, lo que a su vez empalma con los discursos sobre la droga, la intoxicación y la adicción.² Como sugiere el título, me interesa entender mejor la relación entre el análisis de la retórica y su posible intersección con las discusiones actuales sobre el afecto, aunque voy también a considerar cómo estas preguntas se articulan con la discusión acerca de las políticas de la adicción y el gobierno de la vida a partir de la aproximación a una novela puertorriqueña, *Los encadenados* (1966) de Josefina Guevara Castañeira.³ En esta novela constatamos un giro fundamental en los discursos sobre la droga y las políticas del tratamiento de adictos pocos años antes del empuje de la campaña conocida como la “guerra contra las drogas” en 1971. Me aproximo al papel que cumple la literatura como gobierno del afecto en el entramado de estos nuevos regímenes biopolíticos.

²Ver las aproximaciones de J. Derrida a las paradojas de esta lógica liminal en “Retórica de las drogas” (1995) y de A. Ronell en “Narcoanálisis” (de *Crack Wars*, 1992).

³Agradezco a la investigadora argentina Elsa Noya quien me introdujo a esta novela y me regaló un ejemplar del libro. Se ha escrito muy poco sobre la obra relativamente extensa de Josefina Guevara Castañeira. De entrada, resulta fundamental el capítulo que le dedica Lesbia Cruz (2014) en “Aproximación a la novela femenina en Puerto Rico”, Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid, pp. 304-326.

No desconozco los deslices y ambigüedades del heterónimo y a veces difuso vocabulario del afecto y su relación ineludible con las emociones, “the structures of feeling”, según la denominación de Raymond Williams (1977); o el papel diacrítico, muy ideologizado, que cumplen las pasiones en las diversas genealogías del discurso de la Ilustración. A esta confluencia se le suma, en las últimas dos o tres décadas, las elaboraciones sobre el afecto que convergen frecuentemente en la tendencia, proveniente de Spinoza y de Bergson, a identificar la capacidad de *afectar* con una fuerza vital que intensifica y potencia la acción del sujeto, la configuración misma de los cuerpos, no sólo como sujetos interpelados y reconocibles en órdenes simbólicos, sino también como sujetos constituidos en la dimensión material de la gestación, modulación o destrucción de la vida.⁴ De ahí también se desprende el relieve que ha cobrado la sobredeterminación neurológica en los estudios sobre las emociones actualmente, por ejemplo, en una proliferante bibliografía en torno a los impedimentos afectivos causados por el trauma (frecuentemente ligado a la violencia o la guerra) y su impacto cerebral. En ese sentido, resulta muy sugerente el libro de Catherine Malabou (2012) sobre los retos que opone el trauma al hábito psicoanalítico de subordinar la economía de los afectos a las figuras o tropos del inconsciente, pasando por alto la dimensión orgánica de la experiencia. El debate sobre neurociencia y psicoanálisis resulta fundamental en las discusiones actuales sobre la adicción, a pesar del riesgo determinista que supone la historia de algunas de esas mismas discusiones.⁵ En todo caso, esto nos da una idea de la amplia y compleja gama del debate sobre los afectos y su relevancia para el estudio de las múltiples farmacologías (legales o ilegales) que intervienen en el gobierno de la vida contemporánea.

⁴Ver la introducción de G. J. Seigworth y M. Gregg a la antología *The Affect Theory Reader* (2010).

⁵Para una crítica de las teorías bio-neuro-médicas de la adicción, ver el trabajo de N. D. Campbell en el valioso volumen colectivo *Addiction Trajectories* editado por E. Raikhel y W. Garriott (2013).

Digamos que la problemática de la adicción y de las economías del abandono y de la muerte en las sociedades actuales se encuentra profundamente marcada por la dimensión de los afectos, y también por la condición del *desafecto* radical. Me refiero, por ejemplo, a una zona de la crisis de la experiencia que la literatura y el cine contemporáneos no cesan de explicar en función de los cortocircuitos de la identificación; o, dicho de modo, de las interferencias de la subjetivación ligadas al desgaste de los tropos, el colapso de esa mediación figural que solía pensarse como garantía de la articulación de los órdenes simbólicos y la constitución de los sujetos inscritos en tales órdenes. En el medio argentino (donde presenté una versión inicial de estas notas) podría recordarse, por ejemplo, el *desafecto* de los jóvenes en el discurso de la profunda crisis nacional que narra un filme como *Birra, pizza y faso* (1995) de Israel Caetano, a partir de aquellos planos del obelisco en tanto tropo monumental desde cuyo interior los jóvenes desocupados –fuera de la red de la seña identitaria garantizada por el consumo– observan con extrañeza de extranjeros o de marcianos su propia ciudad; o recordemos también aquella temporalidad demorada, de acción permanentemente diferida, muy ligada a la abulia y al aburrimiento, en el relato *Ocio* (2012) de Fabián Casas,⁶ tan afín a los mundos juveniles de las novelas de la dominicana Rita Indiana Hernández, sobre todo en *La estrategia de Chochueca* (2003), donde el *desafecto*, la abulia y la desconexión de los personajes viene con frecuencia acompañada de un consumo intenso de estimulantes y psicoactivos.

Tanto el cine como la literatura insisten en que la inscripción de los sujetos en los órdenes simbólicos no pasa sólo exclusivamente por la mediación discursiva o por los contenidos de las representaciones, sino también por los modos en que la identificación se inscribe en las sensaciones. Para algunos críticos, como Jon Beasley

⁶ Para una lúcida lectura de la novela de Casas, véase C. Rollé (2017).

Murray, se trata de un rasgo contemporáneo que estimula un giro en el orden de la teoría política relacionado con la “posthegemonía”, modo de subjetivación donde la interpelación o espejeo de la representación ideológica resulta secundaria a la operación de los afectos y las sensaciones. Lo que por otro lado nos deja con una pregunta sobre la materialidad del orden figurativo o representacional, su peso en las sensaciones mismas. Por cierto, esta tendencia del análisis deleuziano de Beasley-Murray y otros posiblemente explique el gesto polémico de Ernesto Laclau cuando retoma en sus últimos días la cuestión de la retoricidad y de la metáfora como “fundamento” de lo social. Me refiero a su último libro, *Rhetorical Foundations of Society* (2014), donde el autor –luego de publicar su análisis decisivo sobre las cargas pulsionales del populismo– reunió sus trabajos donde a lo largo de tres décadas había recalcado la relevancia de la retórica y de los tropos para el análisis político, ahora seguramente en respuesta al giro afectivo y la postulación posthegemónica. Este libro de Laclau incluye varios de sus ensayos clásicos sobre retórica, articulación metafórica y política. En el otro extremo de aquel debate, la crítica de la retórica y del análisis cultural que postulan varios deleuzianos como Brian Massumi es un llamado a cuestionar el privilegio muy naturalizado o automatizado de la mediación culturalista; es decir, una crítica del peso que las construcciones discursivas y la representación ideológica han mantenido sobre el análisis de la vida política. Más adelante retomaré algunas de estas discusiones, al menos en lo que concierne a la oposición simplificadora y esquemática entre la mediación del tropo (y la representación) y la intensidad física, material, del afecto.

Digamos, por ahora, que la creciente atención que cobran las dimensiones afectivas de la experiencia en las diversas discusiones actuales posiblemente se reconocen en un deseo compartido de sacudir los esquemas epistemológicos disciplinarios, sus múltiples divisiones del trabajo y exclusiones en el recorte de sus

objetos, para poder dar cuenta, en cambio, de aspectos de la vida y de la muerte que han sido soslayados por las jerarquías del sentido y de la sensibilidad establecidas por la racionalidad y la “conciencia” moderna.

Por otro lado, como decía al principio, no me interesa aproximarme a estas cuestiones y su relación con el tema de la droga desde una estrategia exclusivamente teórica, sino más bien reflexionar, a partir del comentario sobre un archivo principalmente literario, acerca de los discursos que se producen en torno a la adicción y el cuerpo del adicto, para pensar también los relatos de su “recuperación” o reincorporación social. Esto posiblemente nos permita preguntarnos sobre la condición ontológica que se “rehabilita” cuando el adicto se recupera o es recuperado por la vida supuestamente plena de los sujetos normativos. Estos materiales nos permitirán considerar algunos aspectos de lo que Eve Kosovsky Sedgwick (1996) ha llamado las “epidemias de la voluntad” en el mundo contemporáneo, una condición que por supuesto sobrepasa la dependencia a sustancias controladas por el Estado. Lo que también nos ubica ante una serie de construcciones retóricas ligadas a la proliferación compulsiva de discursos y respuestas públicas a los riesgos de la adicción y la inseguridad ciudadana, ahora bajo las condiciones históricas de la crisis o desplome del concepto moderno del sujeto autónomo, soberano, dueño de sí, en un contexto que es también el de la crisis profunda del paradigma productivista y de la soberanía misma. En este sentido, aunque no hay que ignorar la urgencia de las discusiones sobre lo que Walter Benjamin llamaba la “crítica de la violencia” (2010) en el contexto actual del narcoestado y de las economías movidas por una pulsión organizada de la muerte, es necesario reconocer el peso de los cortocircuitos de la subjetivación y el colapso de la gubernamentalidad en zonas amplias de la vida contemporánea, zonas de la vida desechable de acuerdo con los valores asignados por la norma productiva y los intereses

neoliberales que João Biehl (2005) y Elizabeth Povinelli (2011) han identificado con las “economías del abandono” distintivas del neoliberalismo.

Acaso no esté de más recordar que la etimología de la palabra “adicto” remite a un sujeto insolvente, *Adictus*, que pierde su condición de sujeto libre y se esclaviza para pagar una impagable deuda, condición *culposa* de una lógica económica que William Burroughs identificó tempranamente como el “álgebra de la necesidad” (1959), una forma tan particular y a la vez absoluta del consumo que compulsivamente insiste en mantenerse incluso bajo las presiones de la desposesión extrema, el abandono o la muerte misma.⁷ En esta economía de los sentidos, movilizada por la compulsión, se constata una lógica mayor inscrita en el nervio y el afecto de la *soft machine* del postfordismo contemporáneo. No cabe duda de que el consumismo y la adicción, en sus facetas múltiples, son aspectos de la llamada narcocultura contemporánea; pero sus dimensiones subjetivas rara vez son analizadas en las proliferantes discusiones que tienden a aislar y reificar la espectacularidad de la violencia. En este contexto, tiene sentido repasar aunque sea de manera breve el problema mismo de la rehabilitación o recuperación del sujeto adicto, su posible relación con la mediación sensible de la articulación figurativa y sus narrativas del cambio e reinscripción del sujeto en los órdenes de la vida.

⁷ Señala William Burroughs en la Introducción a *Naked Lunch*: “Junk is the ideal product (...) the ultimate merchandise. No sales talk necessary. The client will crawl through a sewer and beg to buy (...) The junk merchant does not sell his product to the consumer, he sells the consumer to his product. He does not improve and simplify his merchandise. He degrades and simplifies the client. He pays his staff in junk. Junk yields a basic formula of evil virus: The Algebra of Need. The face of evil is always the face of total need. A dope fiend is a man in total need of dope” (1959). De esta relación entre “necesidad” y “consumo” se desprende un modo de abordar a la adicción como valor de cambio absoluto y fetichismo. E. Kosovsky Sedgwick (1993, 2018) establece una relación entre los discursos sobre la adicción y la crítica del consumismo ya en el siglo XIX. Véase también el trabajo de Juan Duchesne sobre Burroughs, “El yanqui, el yonqui y la Cosa” (2001). Por otro lado, la identificación estricta de la adicción como forma absoluta de consumo merecería una discusión aparte, en la medida en que las sociedades contemporáneas derrumban la oposición esquemática entre producción y consumo (ver Muñiz Varela 2013). La adicción en estas sociedades deja de ser un desvío, excepción o patología, para convertirse en un aspecto constitutivo de la relación del capital con las cosas, la extracción, el cuerpo y la acumulación de valor, en un mundo donde el consumo de psicoactivos es un aspecto fundamental de la producción y gobierno de la vida y de las multibillonarias economías farmacológicas, ya sea legales o ilegales.

El primer testimonio conocido sobre la recuperación de un adicto al opio fue publicado por Thomas De Quincey en 1821. El vínculo entre las *Confesiones de un inglés comedor de opio* (2003) y el debate sobre el papel normativo de la retórica es notable. Se trata, según el mismo autor, de un texto sin precedentes, es decir, sin modelos que imitar, lo que por momentos incluso se explicita en el efecto formal de una escritura discontinua y dispersa (como la “vida” misma) que desborda los marcos de la retórica en el sentido preceptivo del término. Por supuesto, la retórica no pierde allí su relación ni con la persuasión ni con la poética o tropología. Para el sujeto romántico que es De Quincey, identificado con los valores de la innovación y la originalidad, el testimonio sobre su dolencia y extrema dependencia toxicómana implica una aporía que, por un lado, lo separa de cualquier norma, y por otro, lo somete a una compleja reflexión sobre los males de la dependencia y la crisis de la voluntad del sujeto. Es decir, el testimonio de De Quincey bien puede leerse como una prolongada reflexión sobre los dolores de la autonomización de un esquema simbólico-normativo (retórico). Su narcografía escenifica las paradojas del concepto de la autonomía, en un testimonio donde el acto de escribir inscribe el proceso de autonomización del sujeto, de su constitución como un sujeto moderno. Resulta evidente que en el texto el proceso de configuración del yo aparece inmediatamente implicado en una serie de paradojas propias del sentido doble del esfuerzo de la sujeción y sus afectos.

Por ejemplo: la búsqueda de autonomía de De Quincey, su constitución, digamos, en un sujeto kantiano, pasa por la mediación inevitable de la confesión, donde el sujeto se constituye en una compleja economía de la culpa y el poder de absolución adjudicado a un Otro. Esa economía de la culpa es fundamental todavía hoy en los relatos de rehabilitación de adictos, un género bastante masivo de testimonios producidos en el interior de las propuestas de los programas de 12 pasos y de autoayuda

y en las comunidades terapéuticas de “reinserción social”. El modelo confesional –que en el caso de De Quincey guarda resonancias con cierta ironía picaresca o relato de conversión– escinde el discurso de la verdad en por lo menos dos tiempos contrapuestos: el tiempo del pasado de la falta o del pecado y el proceso de re-educación del sujeto. En las *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821), ese proceso de re-educación es inseparable de los límites mismos del acto literario y su compleja relación con la autonomía, su relación irónica con el horizonte normativo de la subjetividad. Esto lo comprobamos en lo que podríamos llamar la escena experimental de un discurso sobre el cuerpo del adicto, que escinde tajantemente la elaboración de De Quincey, ubicada entre el cuerpo afectado y la conciencia experimental que se auto-observa. De hecho, ahí comprobamos la escisión entre la intensidad de la sensación, la *physis* de la afección del cuerpo doliente del adicto bajo los rigores de la abstinencia, y lo que hoy llamaríamos la desintoxicación, y el discurso intelectual como mirada científica o médica, desplegada en el protocolo de la experiencia extrema.

Por eso no debe sorprendernos que De Quincey en varias ocasiones se identifique como un filósofo, no como un poeta o como un creador romántico, sino como un filósofo atrapado por las dolencias del romanticismo y la crisis de la retórica. Esto, porque su experiencia con la adicción como objeto fundamenta la autoridad del discurso sobre la libertad, la voluntad, la escisión entre sensación y conciencia, entre vida y muerte, es decir, los grandes temas relacionados con la cuestión de la autonomía del sujeto de la filosofía moderna.

Tampoco es casual que en una extensa entrevista a Derrida sobre el tema de las drogas, el autor de *La farmacia de Platón* (1972) propusiera la reflexión sobre la “retórica de las drogas” como una tarea clave de la filosofía contemporánea. La alteración o intoxicación empalma con la preocupación filosófica sobre la retórica ante

el lugar problemático que ocupa el artificio o la técnica, la noción misma del desvío que define al tropo ante la exigencia naturalista del logos occidental.⁸ Como los desplazamientos o desvíos del tropo, la droga disloca el concepto de un estado natural. La droga introduce lo que Derrida identifica como una lógica parasitaria, afín al proyecto mismo de la deconstrucción del logocentrismo y de dos de sus expresiones básicas: la economía de la verdad (y de la lucidez) requerida por el discurso de la ley y la escisión entre lo propio y lo impropio (que incluye la toxicidad) en una serie de oposiciones que se desprende del binomio mayor de naturaleza/ artificio en la racionalidad moderna.

De ahí que para Derrida la escritura se metaforice como “farmacon”, veneno y remedio. Aunque sea muy de paso, no puedo dejar pasar por alto, al respecto, los escritos de Oscar del Barco (2010) sobre Antonin Artaud así como sus propios experimentos con psicoactivos (incluido el alcohol) en esos textos de protocolo experimental de lo “poshumano” donde Del Barco identifica la experiencia inducida con alucinógenos como un modo de percepción emancipado de las trabas de la metafísica del sujeto y del logos. Lo que presiona inmediatamente a hacer algunas distinciones entre la experimentación y la mortal economía de la droga en las sociedades del abandono, donde la droga –inseparable del capital legal o ilegal farmacológico– se describe frecuentemente por los usuarios como un modo de automedicación o de sustento económico. Hablamos de la economía masiva y violenta de la adicción, contemporánea a su vez a la proliferación de las otras múltiples compulsiones que llenan el tiempo “vacío” de los sujetos fuera de trabajo (pienso, por ejemplo, en los juegos de azar y los jubilados).

⁸ Tanto Ronell (1992) como B. Stiegler (2015) elaboran esta relación entre fármaco y técnica, lo que les permite por un lado hablar de suplementos farmacológicos que rebasan las sustancias químicas (como el fármaco-escritura en Derrida). Stiegler llega a sugerir que la farmacología es un modelo de la tecnología en la sociedad contemporánea.

¿Qué puede decirnos todo esto sobre el enorme problema de la adicción, de la guerra contra las drogas, de las economías de la muerte, de lo que Rossana Reguillo (2013) y Sayak Valencia (2010) en México, entre otros, han llamado el narcocapitalismo? ¿No será que nos topamos aquí con los límites del análisis “retórico” de la vida contemporánea? Por cierto, recientemente se publicó en la Argentina la extraordinaria traducción que ha hecho Mariano López Seoane de un libro fundamental de Avital Ronell titulado *Crack Wars*, publicado en su versión inglesa en 1992. La traducción aparece introducida por un ensayo del propio López Seoane sobre la relevancia de este libro en la discusión muy actual sobre la llamada “guerra contra las drogas” y el prohibicionismo. La publicación de *Crack Wars* en español es una nueva ocasión para considerar la pregunta sobre la relación compleja entre el análisis de la retórica y del discurso y la política contemporánea, y también sobre la relevancia o vigencia que puede hoy en día tener el narcoanálisis (y la deconstrucción de Avital Ronell y Derrida) en las discusiones sobre el narcotráfico y la violencia contemporánea.

El importante libro de Avital Ronell marca un momento pionero del narcoanálisis, cuya pulsión experimental, muy creativa, subvierte y desdibuja las fronteras más protegidas de una rutinaria división entre ficción y teoría, poesía y filosofía. De hecho, la escritura de Avital Ronell en *Crack Wars* potencia una especie de sacudida de los hábitos de la crítica literaria académica. Pero esa misma pulsión vanguardista de Ronell la lleva a establecer una identificación bastante categórica, esencial, entre la literatura moderna, la experimentación estética y la alteración psicoactiva. El personaje clave en la ficción teórica de la autora es Madame Bovary, adicta a la lectura como modo de zafar de la realidad normativa mediante el arrojarse a la literatura. Ronell, como el propio Derrida, tiende a definir el consumo de la droga como una especie de desobediencia antinormativa. La droga, en tanto *farmakon*, se convierte

en una figura de la escritura misma, una figura del gesto deconstrutor de las categorías fundamentales del logos occidental y sus atributos (presencia, autonomía, razón, soberanía del sujeto, etc.). Para Ronell, la droga es prótesis tecnológica o suplemento constitutivo del ser que, valga la paradoja, fundamenta filosófica y metafísicamente la base de la cultura moderna, su adicción a un principio de realidad que la literatura en cambio, replegada en un uso autoreflexivo de las palabras, no cesa de subvertir. De ahí el vigor que los discursos de la alteración y de la intoxicación cobran en una interpretación motivada por el intento de explicitar diacríticamente los límites, el recorte o la constitución de las categorías fundamentales del sujeto de la filosofía y de la historia occidental. Conceptos fundamentales como los de conciencia e intencionalidad, así como la eficacia misma o el crédito de los discursos de la verdad, quedan suspendidos por la alteración del fármaco y de la elaboración literaria.

¿Pero que puede significar todo esto ante la industria multibillonaria de la droga y la violencia que genera? En un ensayo publicado unos años después de *Crack Wars*, *Trauma TV*, significativamente subtulado *Twelve Steps Beyond the Pleasure Principle*, Ronell introduce un análisis de los violentos efectos de lo que llama una *alucinación policiaca* en el abuso casi letal del ciudadano afroamericano Rodney King. El altercado fue capturado en imagen por un testigo anónimo con una pequeña cámara de video. Su ensayo sobre la irrupción del video “nómada”, callejero, que sorprende a la policía golpeando brutalmente a Rodney King –consumidor de PCP o *Angel dust*, droga que según la policía aumentaba de manera monstruosa la fuerza de la víctima agresora– analiza la interrupción del estado narcotizado del medio televisivo. Pero aún ahí el análisis no escatima en convertir a Rodney King, como señala explícitamente Ronell, en materia figurativa, en “metonimia” de un drama mayor, ligado a la guerra contra las drogas. A pesar de la paliza brutal, que la autora lee como una sodomización simbólica

del hombre negro, transformado ahí en un *zombi* por el imaginario fantasmático, alucinado, de los policías blancos, Rodney King emerge finalmente como un sujeto resistente. Su fuerza ciertamente no se corresponde con el desgaste físico y espiritual del que hablan con insistencia muchos adictos cuando se refieren a la adicción como muerte en vida. Y tampoco con el desafecto comatoso del adicto deambulante en los territorios marginales en las economías del abandono neoliberal, donde el agotamiento y el desgaste físico muestran las limitaciones del vocabulario de la intensidad o del potenciamiento que ordena muchas veces las versiones más dramáticas de la resistencia o del dispositivo afectivo contracultural.

Quisiera retroceder unos años y comentar sobre el *trabajo* del afecto en un contexto terapéutico a partir de la lectura de una novela titulada *Los encadenados* (1966) de Josefina Guevara Castañeira, una olvidada escritora puertorriqueña quien con su novela nos traslada a los debates sobre la adicción en una época regida por un paradigma productivista, tutelado por la versión del *Welfare State* bajo el gobierno de Luis Muñoz Marín a lo largo de las décadas del 50 y del 60 en Puerto Rico. Esta novela interpreta la adicción a las drogas como una patología moderna, como un síntoma que prolifera por el lado oscuro de un productivismo desarrollista; y a la vez le asigna a la articulación estética una función terapéutica.

Guevara Castañeira pone de relieve varios aspectos de los debates sobre la criminalización del consumo de droga y su relación con el aparato carcelario-hospitalario al elaborar una estética o terapéutica del adicto como sujeto enfermo, durante una época en que su figura se ponía bajo la mira de nuevos discursos disciplinarios sobre la marginalidad, la pobreza urbana y la salud pública. Inseparables del pánico que generaba un quiebre en las nociones de la seguridad ciudadana, estos discursos disciplinarios de comienzos de los años 1960 establecían las bases de lo que

pocos años después se conocería como la *guerra contra las drogas*.⁹ Aludiré luego brevemente a una serie de casos judiciales de aquellos mismos años que nos dan una buena idea de la disputa o del diferendo entre los discursos médicos y legales que esta novela intenta conjugar o resolver. De hecho, esa será una de las funciones de la articulación metafórica: proveer cierta resolución de un conflicto, de un diferendo entre las verdades (y vocabularios) de los discursos médicos y jurídicos sobre el cuerpo y la condición (i)legal del adicto. Si el estado “benefactor” representaba –desde la perspectiva de influyentes intelectuales puertorriqueños como René Marqués en “El puertorriqueño dócil”– la instancia colonial de una máquina democrática de producción de sujetos dóciles, “feminizados”, carentes de voluntad propia, para Josefina Guevara, en cambio, el trabajo de las mujeres, sobre todo mediante la intervención terapéutica y pedagógica, era la única salida posible del “desafecto” moderno encarnado en la figura del joven adicto. Lo que a su vez moviliza en la novela un modo de legitimar el papel de las nuevas profesionales en las emergentes economías del cuidado y de la atención afectiva inicialmente impulsadas por las misiones pastorales del propio Estado social de beneficencia.

Aunque hoy en día ésta es una novela prácticamente desconocida, en los años de su primera edición *Los encadenados* se discutió con cierto interés en la prensa, y llegó a formar parte del currículo de instrucción pública, seguramente porque ofrecía una narrativa sobre el problema muy nuevo entonces de la delincuencia juvenil en la llamada subcultura de la droga.

La novela, por cierto, es contemporánea de uno de los primeros relatos de Luis Rafael Sánchez, “Que sabe a paraíso” (1966), versión contemporánea de una danza macabra, donde el discurso indirecto y los modos de la estilización –mucho más

⁹ Sobre la historia de la “criminalidad” en esos mismos años, ver los trabajos de B. Silvestrini y M. Román.

compleja que el estilo pedagógico de *Los encadenados*– introduce la cuestión de la economía del gasto y el endeudamiento del sujeto adicto con matices alegóricos que se refieren a las contradicciones profundas que la economía del consumo comenzaba a representar en los discursos culturales, tal como ha visto con lucidez Silvia Álvarez Curbelo (2008) en sus análisis del muñocismo. A diferencia del cuento de Sánchez, la novela de Josefina Guevara Castañeira postula, con bastante precisión pedagógica, un modelo terapéutico, lo que por otro lado invita a una serie de preguntas sobre la relación entre la teoría de la novela, sus dispositivos de enunciación subjetiva, y la historia de la gubernamentalidad y el disciplinamiento de los afectos. La novela narra la historia de una trabajadora social, Celia Alcaraz, en su búsqueda de un método efectivo para tratar a un joven heroinómano, Carlos Velázquez, a quien la policía había identificado como un delincuente habitual, responsable de un asalto contra la propia Celia, quien había perdido a manos de Carlos una joya de gran valor simbólico familiar: un reloj antiguo, heredado de su abuela materna. La referencia continua a los tiempos del progreso y de la repetición compulsiva son notables. El robo del reloj es el evento que motiva la narración sobre el quiebre de un orden normativo tradicional trastornado por los cambios que la modernización urbana acarrea. En alianza con la policía, tras recibir al joven en el pabellón reservado para narcómanos en la clínica psiquiátrica donde trabajaba, Celia se hace cargo del cuidado de Carlos, mientras la voz narrativa reflexiona acerca de los modos más efectivos de tratar la nueva “plaga”, si con métodos punitivos, carcelarios o médicos.

En el proceso de esa reflexión, la novela traza un mapa bastante riguroso de los debates sobre la adicción, al mismo tiempo que provee una interpretación de su causa, que en el caso de Carlos, por ejemplo, se debe, primeramente, a la orfandad y, en segundo lugar, a la nueva forma de la pobreza urbana y al desempleo. Como dice la

narradora, Carlitos es un “adicto de arrabal”, distinto de otros adictos internados en la clínica. Entre aquellos otros adictos, algunos provenientes de mundos sociales muy distintos, se encuentra un escritor, José Peralta, cuya excentricidad intelectual y afectiva es diagnosticada por los médicos como un caso de “neurastenia”. Esta breve historia de caso recuerda mucho a varios personajes “decadentes” de José de Diego Padró, el colaborador vanguardista de Luis Palés Matos, y autor de una de las primeras narraciones sobre la adicción que se conocen en la literatura puertorriqueña. Me refiero a la novela corta titulada *Sebastián Guenard*, publicada por De Diego Padró en 1924, que sirvió de esbozo para la narración de su novela *En babia*, escrita años después; ficción de un cosmopolitismo divergente que desborda los marcos, la demanda del debate identitario o anticolonial que ha dominado la historia de la literatura puertorriqueña.

La novela *Sebastián Guenard* relata la amistad muy ambigua, de matices sexuales, entre dos hombres caribeños residentes en la ciudad de Nueva York. Este magnífico relato de adicción y neurastenia merece un análisis más detenido que el que voy a proponer aquí. Por ahora diré, a modo de resumen de una lectura posible, que el hecho de que esta narración tenga lugar en el barrio chino de Nueva York, en la calle Mott, en el mundo clandestino del jazz y del consumo del opio, hace de *Sebastián Guenard* un texto privilegiado para analizar las dimensiones coloniales de la narcografía. Si, por un lado, Susan Buck Morss (2018) remite en su análisis de la “anestésica” de Benjamin a los usos de la droga como una protección o parapeto del exceso de estímulo producido por el *shock* urbano (causa de la neurastenia y de la abulia), la narración de De Diego Padró nos remite a una *geopolítica global* de la droga en tanto mercancía que circula por las mismas rutas de los imperios modernos, como mercancías prohibidas o codiciadas, detonadora de múltiples guerras coloniales.

Significativamente, en el relato de De Diego Padró, el consumo del opio y la economía del gasto en Nueva York se relacionan directamente con el azúcar —otra mercancía de combustible alimentario que contribuyó a cambiar la economía y el metabolismo de los cuerpos durante la era industrial— que constituía la fuente del capital del padre cubano de Sebastián Guenard. El azúcar es la fuente de la mesada familiar que Sebastián derrocha en ese relato donde el orientalismo no responde ya solamente a una lógica de representación de las fronteras del otro (según el argumento clásico de E.W. Said), sino también a la *introyección material* en la forma de la droga y los excesos de la comida china que contribuyen a producir la sensibilidad atrofiada y la “anormalidad” de los personajes. Tampoco es casual que el narrador sugiera de paso que Sebastián Guenard era un vampiro, personaje que como la figura del zombi (ver Sotomayor 2008 y Cortés Rocca 2009) pulula con insistencia en las narcografías puertorriqueñas más actuales, como por ejemplo en *Malas hierbas* (2011) de Pedro Cabiya y en el texto reciente de Juan Carlos Quiñones, *Bar Schopenhauer* (2015).¹⁰ De nuevo, en estos ejemplos, la literatura de la adicción ficcionaliza con insistencia la lógica del consumismo en relatos sobre la crisis de la voluntad. En otros relatos recientes de Josué Montijo (2017), Vanessa Vilches (2018) y especialmente en la novela *No quiero quedarme triste y vacía* (2006) de Ángel Lozada las compulsiones del consumo (de droga, cosas, imágenes, sexo, palabras) son aspectos distorsionados de las figuras del afecto en una delirante economía del crédito y del endeudamiento que, como ha explicado Lazaratto (2015), resultan fundamentales para entender los modos de subjetivación en la sociedad del

¹⁰ Estas narrativas se inscriben en un archivo más amplio de ficciones del colapso urbano en Puerto Rico, ligadas, por un lado, a la crisis del estado de beneficencia y, por otro, a la crisis de autoridad de la cultura literaria en la gubernamentalidad. Véase los magníficos trabajos de María Elena Rodríguez Castro (2009, 2015) sobre las transformaciones del espacio literario y urbano en San Juan, particularmente sus lecturas de *Sol de medianoche* de Rodríguez Julia y de *Estrategias de la catedral* de Vanessa Droz. En su lectura del poemario de Droz sobre la vida precaria y el abandono urbano, Rodríguez Castro indica la relevancia de la discusión de G. Agamben sobre la figura del musulmán en los campos de concentración, “la conversión de lo humano a la nuda vida” (2015: 409). Por otro lado, la “vida nuda” del “musulmán” ocluye la discusión sobre los derechos de los sujetos adictos o marginales bajo condiciones de precarización.

control contemporánea. La literatura de la adicción parece haber estado siempre ligada a las discusiones sobre la “improductividad”, ya sea como elogio de la vagancia o del ocio, o como un tipo de desafecto que es inmediatamente sometido al juicio moral que supone una deuda impagable en la formación misma de la subjetividad adicta, donde la deuda se conjuga con la moralidad y la culpa. Lo significativo es que en la sociedad contemporánea, la deuda de ese sujeto no es tanto la excepción o el desvío, como el horizonte normativo del capitalismo financiero contemporáneo, donde el vocabulario de los tóxicos y la toxicomanía emerge con insistencia notable.

La novela de Josefina Guevara Castañeira anticipaba algunos de estos infiernos, pero consignaba al mismo tiempo un programa de cura. Como sugerí antes, el proyecto terapéutico de la novela responde a los debates sobre la patologización y medicalización de la adicción como una alternativa al nuevo orden punitivo que ganaba territorio desde 1959 (fecha de una nueva y estricta ley de drogas en Puerto Rico) en nombre de la seguridad ciudadana. Varios procesos judiciales de la época, así como la creación de un nuevo Centro de Investigación sobre la Adicción a comienzos de los años sesenta – donde surge la idea para la creación del primer programa de rehabilitación propiciado por el Estado Libre Asociado en el Hospital de Psiquiatría– revelan cómo la adicción se transformaba en un diferendo clave entre los discursos jurídicos-policiales y los discursos médicos.¹¹ Para dar un solo ejemplo, conviene recordar el caso del *Habeas Corpus* presentado por Rubén Martínez Rodríguez, conocido como El Gallego, contra el

¹¹Una de los primeros foros sobre la adicción a las drogas como deriva de la modernización en Puerto Rico se publica en la revista *The San Juan Review* en noviembre de 1964. La novela de Guevara Castañeira alude a las discusiones y materiales incluidos en el dossier titulado “The Addict” publicado en aquel número de *The San Juan Review*, donde entre otras cosas se discute el tema de la criminalización del sujeto adicto y los aspectos médicos de la adicción. El cuento de Luis Rafael Sánchez sobre la adicción a la heroína, “Que sabe a paraíso”, se publicó en traducción al inglés en esta revista (Julio 1965, vol. 2, num. 6, pp. 29-31) antes de su aparición en el volumen *En cuerpo de camisa* (1966).

Jefe de la Penitenciaría, Gerardo Delgado, en 1965.¹² Cuando se presenta su reclamo de *Habeas Corpus*, Martínez Rodríguez ya llevaba varios años preso por posesión de *un cigarrillo de marihuana*. Su defensa se basaba en que la evidencia principal que se presentó en su contra dependía del conocimiento previo de su condición de adicto a la heroína. En corte se considera con detenimiento si considerar la adicción como un delito no violaba las garantías constitucionales del sujeto “enfermo”, porque la adicción, según los abogados de Martínez Rodríguez, no era un acto delictivo (intencional) en sí, sino una condición del sujeto, una enfermedad del autocontrol, es decir, de la voluntad. Tanto los abogados como los fiscales citan en sus alegatos antecedentes de casos similares en Washington DC, Misuri, California, Luisiana, etc. que comprueban el mismo tipo de consideraciones médico-jurídicas. Entonces, la corte llama a testificar a uno de los psiquiatras principales de la Isla, el Dr. Ramón Fernández Marina,¹³ quien delibera ampliamente acerca de la adicción como una condición médica. El expediente del caso nota de pasada que Martínez Rodríguez, el acusado, había estado internado en el programa para adictos fundado por un joven psiquiatra, el Dr. Efrén Ramírez, en la penitenciaría estatal. La novela de Guevara Castañeira está dedicada al Dr. Efrén Ramírez, fundador del primer programa de rehabilitación auspiciado por el gobierno. En efecto, el tratamiento que propone la novela de Guevara incluía, como las comunidades terapéuticas fundadas por Ramírez (primer Director Médico de los Hogares Crea) un fuerte componente de talleres artísticos y musicales. La relación entre ese modelo terapéutico y el culturalismo de la Operación Serenidad pensada por Muñoz Marín desde mediados de los años 50 para sobrepesar los males de la industrialización, no

¹² Agradezco las indicaciones de Carlos Gil sobre este caso de *Habeas Corpus*, disponible en los archivos digitales en la plataforma *Micro Juris*. (Ver la referencia al caso en la bibliografía).

¹³ Sobre la trayectoria del psiquiatra Fernández Marina, considerado el fundador de la psiquiatría moderna puertorriqueña, véase C. Gil (2010).

debe tomarnos por sorpresa.¹⁴ Al menos desde el *Ariel* de Rodó, la masificación social que acarrearán la democracia y la modernización requería de una intervención artística capaz de modelar la sensibilidad, las pasiones del cuerpo ciudadano, demasiado expuesto a la multiplicación del deseo que generaba la producción y masificación de los estímulos y mercancías.

Con los años, las teorías de la adicción del Dr. Efrén Ramírez en Puerto Rico, cuya versión de la comunidad terapéutica ha sido decisivo en los Hogares Crea (con centros de atención en Venezuela, Santo Domingo, Nueva York, etc.) se ha transformado. Hoy en día, el centro privado de investigación y rehabilitación que Ramírez dirige en Puerto Rico se dedica principalmente al Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad, nueva condición o trastorno del afecto, cónsono con la saturación sensorial de la era digital y del neoliberalismo; lo cual nos lleva a mencionar, aunque sea de paso, el papel de la industria farmacéutica y de un medicamento específico, el tropo llamado “Ritalina”, en la historia de los afectos y la economía contemporánea del trabajo inmaterial y la atención.

Bibliografía

- Alvarez Curbelo, Silvia (2008). “El castillo y la torre: la Universidad, el país y las feudalidades de la modernización”. En Picó, F. (editor). *Luis Muñoz Marín: Imágenes de la memoria*. San Juan: Fundación Luis Muñoz Marín, pp. 505-591.
- Beasley-Murray, Jon (2010). *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Benjamin, Walter (2010). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Trad. R. Blatt. Introducción y selección de E. Subirats. Madrid: Taurus, pp. 23-46.
- Biehl, João (2005). *Vita: Life in a Zone of Social Abandonment*. Berkeley: University of California Press.
- Burroughs, William S. (1959). “Introduction. Deposition: Testimony Concerning a Sickness”. In *Naked Lunch*. Disponible en blogfile.ohmynews.com.

¹⁴ El propio Dr. Ramírez presentó un testimonio notable sobre la Operación Serenidad y su relevancia en las reformas de los programas de salud mental en la década del 1960 y 70 (ver Ramírez 2003). Sobre la Operación Serenidad en términos más generales, véase C. Marsh et al. en S. Serra Collazo, comp. (2011).

- Buck Morss, Susan (2018). "Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered". *October* 62 (Autumn, 1992): 3-41.
- Cabiya, Pedro (2011). *Malas hierbas*. Barcelona: Zemí Books.
- Caetano, Israel Adrián (1998). Filme. *Pizza, birra, faso*.
- Casas, Fabián (2007). *Ocio*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
- Cortés-Rocca, Paola (2009). "Etnología ficcional. Brujos, zombis y otros cuentos caribeños", *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXV, 227: 333-347.
- Cruz, Lesbia (2014). "Aproximación a la novela femenina en Puerto Rico", Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid.
- De Diego Padró, José (2014). *Sebastián Guenard* (1923). En *Narraciones puertorriqueñas* (Marta Aponte, ed.). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- De Quincey, Thomas (2003). *Confessions of an English Opium Eater* (1821). London, New York: Penguin Press.
- Del Barco, Oscar (2010). *Alternativas de lo posthumano*. Ed. *Al cuidado de G. Libvov y P. Gallardo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Duchesne Winter, Juan (2001). "El yonqui, el yanqui, y la Cosa". En *Ciudadano insano: ensayos bestiales sobre cultural y literatura*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Derrida, Jacques (1995). "Retóricas de la droga". Trad. Bruno Mazzoldi, *Revista Colombiana de Psicología* 4: 33-44.
- Guevara Castañeira, Josefina (1966). *Los encadenados*. San Juan: Ediciones Puerto.
- Hernández, Rita Indiana (2003). *La estrategia de Chochueca*. San Juan: Isla Negra.
- Herrera, Lizardo y Julio Ramos (2018). *Droga, farmacolonialidad y cultura: la alteración narcográfica*. Chile: Universidad Central.
- Jenkins, Janis H. (2010). *Pharmaceutical Self. The Global Shaping of Experience in an Age of Psychopharmacology*. Santa Fe: School for Advanced Research Advanced Seminar Series.
- Gil, Carlos (2010). *Manual de salud mental en Puerto Rico. Manual para su manejo*. San Juan: Ediciones Posdata.
- Kosovsky Sedgwick, Eve (1993). "Epidemias de la voluntad" (Trad. Lucía Herrera Montero). En L. Herrera y J. Ramos, eds. (2018). *Droga, farmacolonialidad y cultura: la alteración narcográfica*. Chile: Universidad Central, pp. 203-220.
- Laclau, Ernesto (2014). *The Rhetorical Foundations of Society*. New York: Verso Books.
- Lazaratto, Maurizio (2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías del poder del capitalismo neoliberal*. Madrid: Amorrortu.
- Lozada, Ángel (2006). *No quiero quedarme sola y vacía*. San Juan: Isla Negra.
- Malabou, Catherine (2012). *The New Wounded: From Neurosis to Brain Damage*. Trad. S. Miller. New York: Fordham University Press.
- Martínez Rodríguez v. Jefe Penitenciaría*. Expediente de caso en la Corte Suprema de Puerto Rico (92 DPR 629). Resuelto el 30 de junio de 1965.
- Massumi, Brian (2002). *Parables of the Virtual. Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University Press.
- Montijo, Josué (2016). "Miedo y asco en Plaza de las Américas". En *Hasta el fondo*. San Juan: Libros Ace.
- Muñiz Varela, Miriam (2013). "El fármaco colonial: la 'Bioisla' ". En *Adiós a la Economía*. San Juan, Callejón, pp. 129-166.
- Preciado, Paúl Beatriz (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Povinelli, Elizabeth (2011). *Economies of Abandonment: Social Belonging and Endurance in Late Liberalism*. Durham: Duke University Press.

- Quiñones, Juan Carlos (2015). *Bar Schopenhauer*. San Juan: Ediciones Une.
- Ramírez, Efrén (2003), "Operación Serenidad. La visión de Luis Muñoz Marín sobre la salud mental" (conferencia), Fundación Luis Muñoz Marín, 8 de octubre de 2003 (disponible en internet).
- Rodríguez Castro, María Elena (2009). "San Juan: Rasgadura del espacio. Arte y narrativa". *Revista Iberoamericana*, LXXV, 229: 983-1001.
- _____ (2015). "De estigmas ciudadanos: locura y monstruosidad en la literatura puertorriqueña". En Aponte, M., J. Gelpí y M. E. Rodríguez Castro (eds.). *Escrituras en contrapunto*. San Juan: Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, pp. 365-420.
- Rollé, Carolina (2017). "Boedo en la poética de Fabián Casas: Boedismo Zen". En *Buenos Aires transmedial. Los barrios de Cucurto, Casas e Incardona*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Román, Madeline (1994). *Estado y criminalidad en Puerto Rico: un abordaje criminológico alternativo*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Ronell, Avital (1992). *Crack Wars: Literature Addiction Mania*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press. Trad. de Mariano López Seoane, Buenos Aires: EDUNTREF (2016).
- (1994). "Trauma TV: Twelve Steps Beyond the Pleasure Principle", en *Finitude's Score. Essays for the End of the Millenium*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Rossana Reguillo (2013). "La narcomáquina y el trabajo de la violencia: Apuntes para su decodificación". *E-misférica* 8.2. En: <<http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/reguillo>>.
- Sánchez, Luis Rafael (1966). "Que sabe a paraíso". En *En cuerpo de camisa*. San Juan: Ediciones Lugar.
- Silvestrini, Blanca (1980). *Violencia y criminalidad en Puerto Rico (1898-1973)*. San Juan: Editorial Universitaria.
- Serra Collazo, Soraya (2011). *Explorando la Operación Serenidad* (incluye ensayos de C. Marsh Kennedy, L. Agrait y otros). San Juan: Fundación Luis Muñoz Marín y Fundación de las Humanidades.
- Sotomayor, Aurea María (2008). "Sueño de zombis, chanchullo de vampiros". *Hotel Abismo* (Puerto Rico), 2: 78-107.
- Stiegler, Bernard (2015). *Lo que hace que la vida merezca ser vivida. De la farmacología*. Trad. Nadia Cortés. Madrid: Avarigani.
- Williams, Raymond (1977). "Structures of Feeling". En *Marxism and Literature*. Oxford: Orford University Press, pp. 128-135.
- Valencia, Sayak (2010). *Capitalismo gore*. España: Melusina.